



## LOS MORROS

POR TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

pág. 12

OPINIÓN

Dieciséis compañeros de la promoción de 1962 de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile ya inscribieron sus nombres en el listado del curso en el más allá, en la parte imaginaria de esa aula compleja denominada F-10, en cuya parte real compusimos nuestra aventura conjunta hace un poco más de medio siglo. Con el tiempo iremos ocupando los puestos que todos tenemos reservados en esa sala.

Hace pocas semanas, me conmovió el filme "El curioso caso de Benjamin Button", no tanto por su argumento ni por la actuación de Brad Pitt, sino más bien por la breve historia complementaria que se desarrolla al comienzo de la película, en la que se nos presenta a un talentoso constructor de relojes, ciego de nacimiento, quien fabrica un reloj que camina hacia atrás, con la esperanza de que en esa forma podrá recuperar la vida de su hijo, trágicamente fallecido en la segunda guerra mundial. Todos tenemos ese reloj en nuestras mentes y lo hacemos funcionar en sentido retrógrado a través del pensamiento, retrayendo sensaciones que el mundo real no es capaz de devolvernos. En eso estoy ahora, añorando la pérdida de tantos compañeros de promoción, a los que se agregan entrañables familiares que se han sumado recientemente a este viaje y que en mi pantalla visual los veo claramente.

Cuando tenía alrededor de diez años escuché por primera vez que la gente en China no se caía al vacío porque en el espacio no existía arriba ni abajo. No entendía mucho las explicaciones que me daban, pero me veía obligado a acogerlas, pues ya había internalizado la idea de que la tierra era redonda y que existía una fuerza extraña llamada "gravitacional".

Más adelante, en la universidad, me volví a sorprender con la dilatación del tiempo de Einstein y las diversas paradojas que acompañan a su Teoría de la Relatividad. Esta vez contaba con entrenamiento para materializar conceptos abstractos, producto de la inmisericorde exigencia a que nos sometía la Escuela de Ingeniería, por lo que casi podría decir que la señalada "dilatación" era "obvia".

Sin embargo, creo que no me causarían mayores trastornos si alguien descubriera que el tiempo puede movilizarse hacia cualquier lado, incluso hacia atrás, pues estoy muy acostumbrado a realizar estos viajes en forma mental. Probablemente ello me lleva a interpretar equivocadamente "el camino a la realidad" de Penrose, pero me conforma saber que, errado o no, puedo independizarme de la medida de la vida exclusivamente a través del reloj que sólo marcha hacia adelante.

Con mucha frecuencia habrán visto que mis columnas relatan experiencias del pasado: recuerdos, anécdotas u homenajes a queridos individuos con los que he tenido contacto a lo largo de mi vida. En algunos casos me he aventurado a decir que el futuro fue ayer. No creo ser un melancólico incurable, sino un creyente de que el único capital que poseemos está en la sumatoria de lo que hemos vivido y que la manera más estúpida de caer en bancarrota es hacer borrón y cuenta nueva del pasado. Por ello me he propuesto recrearlo constantemente y disfrutarlo en plenitud, transformando incluso los percances en anécdotas rescatables. En esta oportunidad, acude a mi mente el recuerdo de nuestra práctica de vacaciones en Los Morros, en enero de 1960, con mis compañeros de la promoción de 1962.

Nos dirigía el querido y recordado profesor don Arturo Quintana, a quien cariñosamente apodábamos "El Guatón Quintana", con todo respeto. Lo acompañaban sus ayudantes, jóvenes ingenieros que muy prontamente ocuparían importantes cargos: Guillermo Geisse y Eugenio Celedón. Departimos una semana completa en el medio de "nowhere", a orillas del río Maipo. Pernoctábamos en carpas colectivas, en grupos de ocho a diez personas y se nos des-

## Los Morros fue por décadas una extensión natural de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

pertaba con una “melodiosa diana” a las siete y media de la mañana. Digo pernoctábamos, pues no era posible estar en el interior de la carpa durante el día, tanto por el calor que se encerraba como por la presencia de nuestros compañeros inseparables: los tábanos. En el exterior la cosa no era mucho más acogedora, pues el sol de enero pegaba fuerte y sin piedad, de modo que cualquier parte del cuerpo que quedara expuesta a su embate, daba cuenta rápidamente de su presencia.

Recorríamos el terreno, palmo a palmo, registrando las mediciones instrumentales que se detectaban con el teodolito. Cada grupo debía tener personas que fuesen capaces de operar el instrumento, actuar como alarifes y anotar los datos en la libreta topográfica. La enorme superficie, objeto del levantamiento, se recorría en arduas jornadas diarias de unas doce horas, durante toda la semana. A ello se sumaba la actividad nocturna con las estrellas “Alfa Eridani” y “Beta Carinae”, dos de las más luminosas del hemisferio Sur, con cuya declinación era posible determinar el Norte Astronómico, a fin de saber dónde estábamos parados.

Concluida la semana de trabajo en terreno, seguían otros treinta días de escritorio y tablero de dibujo, inverti-

dos en cálculos numéricos, topográficos y astronómicos, compensación y cierre de poligonales y confección de los planos correspondientes.

Los Morros fue por décadas una extensión natural de la Escuela de Ingeniería. Allí íbamos todos “a se acabar y consumir”, como diría Jorge Manrique. Civiles, eléctricos, industriales y mineros, las cuatro especialidades que se impartían en la época. En el hecho, fue la última actividad en la carrera de Ingeniería de Enrique Tirapegui, quien a partir de ese momento, emigró a la Física, campo en el que ha destacado con luces muy brillantes.

Con el tiempo, empezaron a prosperar las exigencias de mayor comodidad por parte de los alumnos y de Los Morros se pasó a La Herradura, en Coquimbo, con habitaciones en las cabañas de Peñuelas. Actualmente no tengo claro si se continúa realizando la práctica de vacaciones de Topografía, toda vez que el desarrollo de hardware y software especializados ha desplazado -al igual que en casi todas las disciplinas- a las rudimentarias técnicas de un pasado ni siquiera tan lejano.

La enseñanza de la Ingeniería en esos años contemplaba una serie de asignaturas de enorme sentido práctico,

hoy casi completamente abandonadas: Dibujo Técnico, Geometría Descriptiva, Laboratorios de Química, Física, Mecánica, Talleres de Electricidad y Electrotecnia, Forja, entre tantas otras. Se requería del trabajo grupal que, sumado a la existencia de “cursos”, producía una amalgama humana indeleble, que perdura hasta estos días. En efecto, entre diez y quince ex compañeros nos reunimos mensualmente en almuerzos en el Colegio de Ingenieros, a los que se suman otros de carácter masivo, con motivo de efemérides especiales: veinticinco, cuarenta y cuarenta y cinco años de egreso, hasta ahora. En cada ocasión faltan algunos más.

Hoy, Gonzalo Domínguez, Antonio Farre, Claudio Friedmann, Isamu Kodama, Máximo Lira, Luis Petit-Laurent, Francisco Revenco, Jaime Sánchez, Humberto Simonetti, George Slight, Carlos Toro, Carlos Ugalde, Claudio Valdenegro, Aert van der Goes, Daniel Vargas y Alicia Vega ya no dirán “presente” cuando pasemos lista. Sin embargo, los encontraremos siempre en nuestros viajes al pasado, donde los veremos en Los Morros, sonrientes e iluminados por un sol tibio y acariciante y no veremos ningún tábano en los alrededores. 